

Hacia una interpretación política del pensamiento de Rodolfo Kusch

Maximiliano Román
Estudiante del Profesorado en Filosofía
Universidad Nacional del Nordeste

Este trabajo nace del intento por entrecruzar dos textos, escritos en diferentes épocas y por autores distintos, pero que refieren a un mismo espacio y a una misma cultura: la Bolivia aymara.

Los textos están separados por más de 30 años. El primero, es la obra escrita por el filósofo argentino Rodolfo Kusch entre 1947 y 1979, desde sus primeros viajes al altiplano boliviano hasta su asentamiento permanente en Jujuy. El segundo texto, pertenece al periodista uruguayo Raúl Zibecchi, y contiene entrevistas e interpretaciones sobre las revueltas populares bolivianas desde el 2000.

Con este cruce pretendemos explorar la posibilidad de interpretar en un sentido explícitamente político los conceptos elaborados por Rodolfo Kusch y utilizarlos para comprender los elementos específicos que permitieron el accionar de los movimientos sociales bolivianos.

Al mismo tiempo, proponemos humildemente comenzar a desbordar los estrechos límites de la Filosofía Latinoamericana como disciplina, e incursionar en otras áreas del conocimiento a partir de los aportes de filósofos y pensadores latinoamericanos. No nos interesa tanto el “criterio de demarcación” entre disciplinas ni el “respeto a la tradición” como guías de la producción filosófica, sino más bien el posible aporte que nuestras ideas y nuestros cuerpos puedan brindar a un proyecto colectivo de cambio social. Creemos, como el filósofo chaqueño Eduardo Fracchia, que “una filosofía desinteresada y no comprometida no es filosofía. Es alienación y antesala de la nada”.¹

El estudio del desarrollo de la lucha de clases requiere de una especial atención a su especificidad, de manera que podamos distinguir aquellos caracteres que la diferencian y aquellos que la emparentan con las luchas desarrolladas en otros lugares del mundo. De este modo, podríamos evitar el transplante mecánico de experiencias y teorías, cuya elaboración tiende a ser monopolizada por los países centrales,

propiciando una recepción crítica y una elaboración creativa que sean capaces de insertarse en la dinámica de las luchas concretas. Al decir de Kusch: “el pensamiento americano nos abre a la comprensión de los problemas americanos”.²

La principal especificidad de los países de nuestro continente americano es la preexistencia y presencia de diversos pueblos indígenas, herederos de culturas milenarias, así como su posterior sometimiento, matanza y explotación. Considerar el aporte de estos pueblos a las luchas por la emancipación y a la manera en que éstas son pensadas exige tomar en cuenta no sólo su participación en tanto actores sociales, sino también su modo de vida, sus conocimientos y sus formas de organización. En este sentido, coincidimos con Alcira Argumedo, quien afirma que “en las tradiciones de las clases subalternas no sólo existen sentimientos e intuiciones, sino herramientas de fundamentación capaces de cuestionar muchos de los supuestos que guían los saberes predominantes en la política y en las ciencias sociales”.³

Entre los países americanos con mayor presencia indígena se encuentra Bolivia. Más del 60% de su población adscribe su identidad a un pueblo indígena, principalmente quecha y aymara. Bolivia cuenta con la segunda mayor reserva de gas natural de América, y al mismo tiempo, con el mayor índice de pobreza humana del continente (70%). La historia del pueblo boliviano es fecunda en rebeliones contra el poder establecido, desde los levantamientos dirigidos por Tupac Amaru hasta nuestros días. Nos interesa precisar en las insurrecciones masivas que este pueblo ha protagonizado a comienzos del siglo XXI.

A partir del año 2000 comenzaron las movilizaciones contra la privatización de los servicios de agua, conocidas como la “guerra del agua”, y se sucedieron durante los años siguientes. En febrero del 2003, el presidente Gonzalo Sánchez de Lozada aplicó un recorte del 12,5% en el salario de los trabajadores. Estas medidas motivaron sucesivas movilizaciones, reprimidas por el gobierno con un saldo de 200 heridos y 55 muertos. En octubre de ese mismo año se produce una nueva insurrección cuando la población se alza contra los acuerdos entre el gobierno y las multinacionales para la explotación de los hidrocarburos. Estos sucesos han pasado a la historia como la “guerra del gas”. Luego de la renuncia de Lozada, asumió la presidencia el entonces vicepresidente Carlos Mesa, quien pretendió finalizar el mandato. En Mayo y Junio de 2005 se produjeron nuevas movilizaciones en reclamo por la nacionalización de los

¹ FRACCHIA, Eduardo Antonio. *Apuntes para una Filosofía de la Resistencia*. Resistencia, Chaco, Fundación Mempo Giardinelli, 2001. Pp. 5

² Kusch, Rodolfo. *El pensamiento indígena y popular en América*. p. 262.

³ Argumedo, Alcira. *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Colihue, Buenos Aires, 2002. p. 9.

hidrocarburos que culminaron con la renuncia de Mesa y la convocatoria a elecciones para ese mismo año. Evo Morales, partidario del Movimiento al Socialismo (MAS) y proveniente del sector sindical cocalero, triunfó en las urnas y accedió a la presidencia en Enero de 2006.

En el libro *Dispersar el poder*, Raúl Zibecchi efectúa un análisis de estas insurrecciones intentando hallar los elementos específicos que permitieron el accionar de los movimientos sociales bolivianos. Zibecchi estudia particularmente la ciudad de El Alto, una de las zonas más pobres del país ubicada en las afueras de La Paz, construida por diversas oleadas migratorias de campesinos y mineros. Durante las insurrecciones, El Alto funcionó como “base” del movimiento que asedió constantemente la capital, mediante gobiernos barriales que suplantaron a un Estado deslegitimado y ausente.

Las insurrecciones bolivianas se caracterizan, al igual que otras luchas latinoamericanas, por la inexistencia de aparatos dirigentes centralizados, y por la utilización de lo ya existente como medio de lucha: *ayllus*, comunidades urbanas y juntas vecinales. Es decir, las organizaciones de la vida cotidiana (vecindad, amistad, compañerismo, compadrazgo, familiares, etc.) son las mismas que organizan los momentos de rebelión. Por esta razón, Zibecchi intenta comprender la construcción de relaciones sociales de los alteños en su cotidianeidad.

Este autor señala que la re-creación de la comunidad andina tradicional de quechuas y aymaras (*ayllu*) en la periferia de las grandes ciudades es lo que dota al movimiento social de un repertorio de acciones y mecanismos de dispersión del poder constituido que lo hacen sumamente efectivo en su enfrentamiento con el aparato estatal. Esto se basa, según Zibecchi, en la construcción de relaciones sociales de carácter comunitario (reciprocidad, propiedad colectiva de los espacios comunes, gestión comunitaria de la educación, la salud y la justicia) en el seno de unidades territoriales pequeñas que, al mismo tiempo, dificultan el control social de los partidos y del Estado.

Proponemos entender la centralidad de la vida cotidiana en las luchas del pueblo boliviano desde el concepto de *estar* de Rodolfo Kusch.

En sus estudios, realizados hace ya 40 años, Kusch utiliza la diferencia verbal en el idioma castellano entre *ser* y *estar* para marcar la diferencia entre la experiencia vital europea y la americana.

Podría entenderse que el Estado, como institución central en nuestras vidas, maneja la lógica del *ser*, en referencia a un estado permanente, capaz de ser definido

acabadamente. Esta lógica, configurada en el modo de vida de la burguesía comercial europea del siglo XV, es también la lógica del racionalismo cartesiano, que pretende establecer un mundo “claro y distinto”, segregando todo posible “hedor” y construir una segunda naturaleza como “patio de objetos”, pero sin modificar el mundo.

Los movimientos sociales, en cambio, pueden entenderse desde la lógica del *estar*, configurada en base al modo de vida del indígena americano. Al asumir éste la precariedad del ser humano y la necesidad de conjurar constantemente lo nefasto, no busca un fundamento “esencial” sino más bien “accidental”. Concibe la construcción como circunstancia, apelando a definiciones transitorias más que a definiciones terminantes. Por esta razón, su cultura consiste en una serie de estructuras orientadas a administrar las energías con el propósito de asegurar la supervivencia de toda la comunidad (*economía de amparo*). Podríamos decir que este tipo de relaciones sociales, incorporando el análisis de Zibecchi, no sólo permiten la supervivencia de la comunidad sino también la organización de esa misma comunidad para enfrentarse a los poderes instituidos, para entablar comunitariamente otro tipo de vínculo con las cosas y, en definitiva, auto-emanciparse, modificar el mundo social. En este sentido, los movimientos sociales constituyen “poderes no estatales”, poderes no escindidos de la sociedad “que no forman un cuadro aparte, ni para tomar decisiones, ni para luchar, ni para resolver conflictos internos”.⁴

La mayor o menor manifestación del *estar* en nuestras propias vidas, responde a un fenómeno que Kusch denomina *fagocitación*. Esta experiencia vital se encuentra subyaciendo al modo de *ser* impuesto ya desde la Conquista europea, porque lo fagocita. A pesar de la supremacía material del *ser*, el *estar* prevalece en los demás ámbitos, gracias a su coherencia interna, surgida del fondo afectivo en el cual se desempeña. En algunas obras, Kusch rastrea la presencia del *estar* en muchas características de la vida en las grandes ciudades americanas. En el caso de El Alto, Zibecchi menciona que la mayoría de sus habitantes desempeñan funciones importantes dentro de la sociedad capitalista, ganándose la vida de esta manera. Sin embargo, las relaciones comunitarias de su vida cotidiana presentan muchos caracteres no capitalistas, lo cual podría entenderse como la fagocitación del *ser alguien* en la maquinaria capitalista por parte del *estar* comunitario.

La resolución de la dicotomía entre *ser* y *estar* se produce por la primacía de uno de los modos de vida. La supremacía del *ser*, es decir, el estado de cosas actual genera en América la paradoja de vivir de acuerdo a un modo de vida impuesto, que en otros lugares puede expresar el sentir propio de un pueblo pero que en nuestro caso nos

⁴ Zibecchi, Raúl. *Dispersar el poder. Los movimientos sociales como poderes antiestatales*. Tinta Limón, Bs.As., 2006. p. 29.

resulta ajeno, nos aliena y niega nuestra autodeterminación. La supremacía del *estar*, en cambio, produce la fórmula que Kusch denomina *estar siendo*, y consiste en la posibilidad recuperar la autonomía instalando el *ser* sobre la base del *estar*, permitiendo que el nivel de lo que es reciba su sentido de la instalación en la comunidad, en el *estar*.

En base a lo que hemos visto, podríamos afirmar que durante las insurrecciones bolivianas, las relaciones comunitarias que constituyen el *estar* de las comunidades, se efectivizan como *estar siendo*, como “una potencia que se manifiesta súbitamente para dar todo de sí misma”.⁵ Por esta razón, las “instituciones” creadas por el movimiento social boliviano no existen físicamente, sino como relación, como potencia capaz de activarse en los conflictos.

Los vínculos sociales que constituyen la comunidad adoptan formas económicas y sociales que le permiten dispersar el poder instituido: decisión colectiva, rotación obligatoria de dirigentes y tareas, mandato revocable, desborde de las propias instituciones.

En conclusión, quisiéramos destacar algunos aspectos de este análisis experimental que aún tiene muchas aristas por explorar.

Rodolfo Kusch elabora una serie de nociones para intentar comprender el modo de vida americano mediante un pensamiento que se adecue a esa realidad. De esta manera, realiza una fundamentación histórico-ontológica de la diferencia entre la experiencia vital europea y americana. En su época, esto se emparentaba con la idea de liberación nacional, colonización cultural, dependencia y otras que apuntalaban la lucha antiimperialista. Con el aporte de Raúl Zibecchi, es posible retomar estos planteos para pensar las nuevas experiencias de lucha del pueblo americano no sólo en su liberación nacional sino también en su liberación social.

Este aporte nos permite también descentrar la mirada de la teoría política sobre las instituciones y trasladarla al ámbito de la comunidad. De esta manera, destaca la importancia de crear y recrear nuevas relaciones sociales de carácter anticapitalista en nuestra cotidianeidad. Sobre este suelo del *estar no más*, es posible generar mecanismos que conjuren constantemente la cristalización institucional y avanzar en la creación de un *estar siendo*, de una sociedad nueva cuyo arraigo sea la comunidad.

⁵ Kusch, Rodolfo. *Esbozo de una Antropología Filosófica americana*. Castañeda, Bs.As., 1978. p. 10.